

EMILY DICKINSON

El resto es prosa

Traducción y edición de
Anabel Palacios

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Se desconoce el momento exacto en el que Emily Dickinson (1830-1886) conoció a Susan Huntington Gilbert (1830-1913), pero hay constancia de su primera carta, enviada en 1850.

Esa carta dio lugar a una relación epistolar intensa, que se mantuvo durante cuatro décadas, ya fuera a través de largas cartas formales mientras Susan estaba fuera de la ciudad o en forma de notas, trozos de papel o poemas mientras vivía en la casa de al lado —Susan se casó con Austin Dickinson, hermano de Emily, y vivieron en una casa contigua a la casa familiar de los Dickinson—.

La intensidad con la que Dickinson se refiere a Susan se moldea y crece durante décadas y, de ser mera amiga, evoluciona a hermana y protagonista de sus poemas. Emily confiaba en el criterio de Susan, que hizo de editora y custodia de sus cartas, poemas y cartas-poema durante cuatro décadas de

intimidad. La presente edición recoge una selección de estos textos, que, sin ceñirse a un criterio filológico específico, pretende reconstruir la esencia de una relación que trascendió el mero intercambio epistolar y que refuerza la imagen de una mujer adelantada a su época.

Susan cuidó de Emily en sus últimos días y, tras la muerte de esta, se encargó de preparar un féretro blanco y de decorar el cuerpo con orquídeas y violetas en el cuello y dos heliotropos en la mano. También escribió su obituario en el *Springfield Republican*. Más tarde comenzó a recopilar los escritos de la poeta. Sin embargo, a pesar de que Susan continuó con su recopilación hasta poco antes de morir, Lavinia, la hermana de Emily, le pidió los manuscritos de vuelta y se los entregó a la autora Mabel Loomis Todd —amante de Austin Dickinson—, quien editó el primer volumen de poemas de Emily Dickinson a pesar de no haberla conocido en persona y de haber mantenido con ella tan solo una relación epistolar.

No podemos concebir la obra de Emily Dickinson sin Susan, y sin ella (y, más tarde, sin su hija Martha) no conservaríamos hoy muchos de los poemas de Emily Dickinson.

Otoño/invierno de 1850
Mediodía del jueves

Susie, si no hubiese sido por el mal tiempo, mi pequeño y desagradable rostro hoy hubiera ido a visitarte. Debería ir a robarle un beso a mi hermana —mi querida vagabunda que ha regresado—. ¡Agradece al gélido viento, querida mía, que te ahorre de tan osada intromisión! *Querida Susie*, la *feliz Susie*, me regocijo en toda tu alegría, pues gracias a tu hermana¹ nunca volverás a encontrarte sola. ¡No te olvides de todas las amigas que se han esforzado tanto por *ser* tus hermanas, cuando de verdad *estabas* sola!

No escuches al viento soplar en este día tan desapacible cuando el *mundo* se encoge de hombros. Tu pequeño «columbario está rodeado de calor

1 Mary Gilbert, hermana de Susan, fallecida en julio de 1850.

y suavidad», allí no hay «silencio», así que difieres de la dulce «Alice». *Extraño* una cara angelical en el pequeño mundo de hermanas. Querida Mary —Santa Mary—, acuérdate de la que está sola. Aunque, si no regresa con nosotras, ¡debemos ir nosotras con ella! Hazle llegar mi amor a tus dos hermanas. Deseo con fervor ver a Matty.

Con cariño,
Emily

9 de octubre de 1851

He derramado aquí una lágrima por *ti*, Susie, porque esta «dulce luna plateada» nos sonrío a Vinnie y a mí, y se va tan lejos antes de llegar a ti, y tú nunca me has dicho si hay luna en Baltimore, y ¿cómo voy a saber, Susie, si tan siquiera ves su dulce rostro? Esta noche parece un hada que navega por el cielo en una pequeña góndola de plata con las estrellas por gondoleras. Hace tiempo le pregunté si podía llevarme y le dije que me bajaría cuando llegase a Baltimore, pero tan solo se sonrió y siguió navegando.

Creo que fue bastante mezquina, pero he aprendido la lección y no se lo volveré a pedir. Hoy ha llovido y por momentos lo hacía tan fuerte que me

ha parecido que se podía oír el golpeteo de la lluvia —golpetea, golpetea— mientras caía sobre las hojas. Me ha agradado tanto ese pensamiento que me senté y me quedé escuchándolo y observándolo, concentrada. ¿Lo *escuchaste*, Susie, o era solo mi *imaginación*? Al rato el sol apareció, justo a tiempo para darnos las buenas noches, y, como ya te he dicho antes, ahora brilla la luna.

Es una noche muy especial, Susie. Tú y yo pasearíamos y tendríamos unas reflexiones muy agradables. Si tan solo estuvieras aquí... Quizá podríamos tener una «ensoñación»² como las de Ik Marvel. De hecho, no sé por qué no podrían ser tan espléndidas como las del soltero solitario que fuma su puro. Y serían muchísimo más provechosas de las que Marvel solo maravilló, y tú y yo solo *nos pondríamos* como pequeño objetivo que fueran propiamente nuestras. ¿Sabías que ese hombre encantador está soñando *de nuevo* y se despertará muy pronto —o eso dicen los periódicos— con *una nueva* ensoñación, más bella que la primera?

¿No deseas que viva tanto como lo haremos nosotras y que siga teniendo sueños y escribiéndolos

2 Ik Marvel (pseudónimo de Donald G. Mitchel), *Reveries of a Bachelor (Ensoñación de un soltero)*, H. M. Caldwell & Co., Nueva York, 1850.

para nosotras? ¡Qué anciano tan encantador sería, y cómo envidio a sus nietos, la pequeña Bella y el pequeño Paul! Estaremos dispuestas a morir cuando él se haya marchado, pues no quedará nadie que interprete estas vidas nuestras.

He oído que ha llegado a la ciudad *La leyenda de oro* de Longfellow, y la han visto *expuesta* en las estanterías del señor Adams. Siempre me hace pensar en *Pegasus in the pound* cuando encuentro a un autor refinado colocado al lado de Murray, Wells y Walker en una tienda de tanto renombre. Y como con él, casi espero oír que una mañana han salido volando y se han deleitado el resto del día en su propio éter. Pero por nuestro bien, querida Susie, ya que nos complacemos con la idea de ser las únicas poetas, y que el resto del mundo es *prosa*, tengamos la esperanza de que aún estén dispuestos a compartir nuestro humilde mundo y a alimentarse del mismo alimento del que *nosotras consentimos alimentarnos*.

En tu carta me agradeces el pastel de arroz. Me dices, Susie, que acabas de comer un trozo. A mí me alegra mucho enviarte cualquier cosa que te guste. Debes de tener mucha hambre antes del mediodía, y luego debes de encontrarte exhausta después de dar clase a tus estúpidos alumnos. A menudo te imagino bajando al aula con un grueso teorema del

binomio que casi no puedes sostener en la mano y que tienes que diseccionar y exponer a tus desorientados estudiantes. Espero que les fustigues, Susie, por *mi* bien, dales bien fuerte cuando no se comporten como te gustaría. Ya sé que son muy lentos a veces, por lo que cuenta Mattie, pero supongo que los animas y les perdonas todos sus errores. Te enseñaré *paciencia*, Susie, eso tenlo por seguro. Mattie me ha contado también tus juergas nocturnas y los divertidos sustos que pegas imitando al director. Es tan típico de ti, Susie, típico de ti en todos los sentidos. Lo que se reiría el señor Payson si se lo pudiera contar, y luego esos grandes ojos oscuros, ¡cómo mirarían y brillarían! Susie, diviértete todo lo que puedas, ríete a menudo y canta, pues abundan más las lágrimas que las sonrisas en este mundo nuestro. Tan solo no seas tan feliz como para dejar que Mattie y yo nos vayamos atenuando cada vez más hasta que nos desvanecemos y otras mujeres más alegres que nosotras sonrían en el lugar que dejamos libre.

Susie, ¿pensabas que nunca te iba a escribir cuando te marcharas? ¿Qué te hizo pensar eso? Estoy segura de que conoces demasiado bien mi promesa como para creerlo de verdad, y nunca dije algo así. Debería *reprimir* escribirte, porque nada nos separará de aquellos a los que amamos, ni «la altura ni la profundidad»...